

## ENCUENTROS EN VERINES 2003

### Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

#### ELEFANTES, PULGAS, COCODRILOS... Sobre la fauna interior.

Mariasun Landa

No creo descubrir América si comienzo mi breve exposición en este encuentro, en torno a la evolución de l libro infantil y Juvenil en España, recordando que ser escritor es, entre otras cosas, convertirse en un extraño, en un extranjero en El País de Sí Mismo. Que pasamos horas y horas husmeando en un territorio nebuloso que convencionalmente llamamos imaginación y que, parte de lo que escribimos, al menos, es una traducción de algo que desconocemos o “malconocemos” Y anticipo así el enfoque que le voy a dar a mis reflexiones, sin descartar que existan otras y muy variopintas que no son excluyentes entre sí. Me refiero a la forma en que la literatura infantil puede vehicular aquello que el escritor ignora de sí mismo pero que lo habita.

En realidad, siempre me conmueven la frescura y el desparpajo con que entré en el territorio de la literatura infantil y juvenil.

Hace ya más de veinte años que publiqué mi primer libro de cuentos para niños. Nada en mi trayectoria anterior presagiaba que mi obra literaria fuera dirigida al mundo infantil, ni mis lecturas, ni mis estudios de Filosofía, *Pura* como se le llamaba entonces, en el París post mayo 68, ni –por supuesto- mis ambiciones literarias juveniles. El regreso al País Vasco en 1973 y mi compromiso personal de aprender el euskera me hicieron aterrizar de las nevadas cumbres de la filosofía a los verdes prados de un grupo de niños y niñas de Primero de EGB que –en condiciones casi tercermundistas- se estaban escolarizando en euskera en aquellas ikastolas de comienzos de los 70. Una aventura que me llevó a escribir mis primeros cuentos infantiles con el digno objetivo de dotar a mis alumnos y alumnas de material literario en euskera y me adentró con asombro y entusiasmo en el continente, desconocido y marginado por el Canon oficial, de una Literatura Infantil moderna que me resultó una verdadera caja de sorpresas: Gianni Rodari, Christine Nostlinger, Maria Gripe, Michel Ende, Roald Dhal... Con los años, mi interés ha ido reculando hacia atrás, hacia los llamados clásicos, hacia la literatura de tradición oral, como quién va cavando un agujero que gana y se amplía cuanto más se ahonda en él.

Veinte años más tarde de aquel primer libro que recogía los cuentos que yo escribía para mis alumnos y alumnas, creo que he perdido una cierta inocencia y he ganado en humildad. Hoy en día, no sé muy bien qué quiere decir “escribir para niños”, ni por ejemplo, no sé siempre -y además no quiero saberlo demasiado- cómo y por qué se me ha ocurrido tal o tal historia.

**¿Por qué escribes cuentos para niños?**

**¿Cómo se te ocurren esas historias?**

¡Horror! Dos preguntas que constantemente se nos dirigen a los autores de literatura infantil.

He asistido a numerosos encuentros con lectores, niños y adolescentes. Me han hecho esas preguntas en muchas entrevistas, radios o televisiones, pero puedo decir que estas cuestiones siempre me turban y me inquietan. Bajo esas eternas preguntas se esconden otras más reticentes, todos lo sabemos: ¿Por qué una persona como tú escribe ese tipo de historias? ¿Por qué no te dejas de bobadas y escribes una novela para adultos?

Es verdad que, a estas alturas, tenemos una o varias salidas que nos parecen apropiadas para cada caso, pero es muy probable que, en el fondo, nunca digamos totalmente la verdad por una razón muy sencilla, porque nosotros mismos, los escritores, la ignoramos.

De hecho, existe una amplia bibliografía sobre el oficio de escritor y muchos autores siguen intentando indagar y responder con sinceridad a la pregunta de por qué escriben. Las respuestas son variadas y personales, pero me atrevo a agrupar esquemáticamente algunas porque son igualmente válidas para la modalidad de literatura infantil y juvenil: algunos afirman que se escribe para ordenar el propio mundo, para trascender el miedo. El miedo al tiempo, a los demás, a sí mismos. Para enriquecer la propia realidad, para que nos valoren, para que nos quieran, para explorarnos a nosotros mismos y a los demás, para dar testimonio de la realidad contemporánea. Otros insisten más en el aspecto lúdico de la literatura, la necesidad de escribir como un refugio, una evasión, un juego o hablan de su oficio como lo que mejor saben hacer, sencillamente. En todo caso, una de las respuestas más generalizadas es que los escritores escribimos por una ineludible necesidad de expresión y comunicación.

Siendo todo ello verdad, cada respuesta personal a esa pregunta aparentemente tan sencilla es casi siempre torpe, confusa, frustrante. Se tiene siempre la sensación de

que se responde mal, porque una sigue sin saber –a pesar de los años- por qué ha escrito y sigue escribiendo seriamente, dificultosamente, con disciplina y a veces con euforia, mentiras, muchas mentiras, historias que nunca fueron pero que quizás, en cierta forma, hubieran podido ser. Esta desazón es mayor si cabe en el caso de aquellos que escribimos literatura infantil, donde la fantasía, el absurdo, el juego, la ternura, la aventura, el humor tienen un gran protagonismo. En mi caso, historias de elefantes de corazón de pájaro, pulgas bailarinas que quieren viajar a Rusia, calcetines que no se resignan a su triste destino y se lanzan, como suicidas desde el tercer piso, bicicletas que se declaran en huelga... Sí, realmente, la pregunta tiene una difícil y compleja respuesta.

Los escritores sabemos mejor que nadie que lo más humano del mundo es narrarse uno a sí mismo, dotar de una estructura narrativa a nuestra vida que, al fin y al cabo, no es más que un amasijo de vivencias, sensaciones, recuerdos... Que tener una biografía es construir un relato, tener memoria es poner un precario orden en un caos donde se confunden lo real y lo imaginario, lo que somos o pretendemos ser con lo que hubiéramos deseado que fuera, porque dentro de nosotros no hay una única voz sino varias, quizás un coro, y hasta un orfeón.

En realidad, estoy aludiendo a la necesidad tan humana de narrarse, de fantasearse, de escuchar, elaborar y vivir historias más allá de lo que bien o mal denominamos lo real. Y de hacerlo para otros, consciente o inconscientemente. Ese otro al que se quiere llegar, al que se quiere gustar, seducir o conmover, o del que uno se quiere vengar. Es lo mismo. Ese OTRO sin el que hablar de un YO no tendría ningún sentido. ¿Pero qué pasa cuando ese OTRO es un hipotético receptor infantil o juvenil? Como es una cuestión muy analizada y debatida, me limitaré a decir, con toda humildad, que cuando comienzo a escribir una historia pienso sobre todo en eso: en la historia. Si tomará cuerpo, si se sostendrá, si me gustará, si pasará mi propia autocensura. Más tarde, en el proceso de reelaboración, de corrección, la referencia al receptor me resulta esencial y creo hacerlo con seriedad y rigor. Pero si no existiese esa primera fase a la que he aludido, la literatura infantil para mí no tendría mucho interés. Creo que me aburriría.

Algo semejante me ocurre cuando trato de explicar la génesis de algunos de mis libros.

Es verdad que todos y todas tenemos unas respuestas más o menos adecuadas, y en cierta forma verdaderas, de la génesis de nuestras historias. Pero, en algunos casos, yo, al menos, soy un poco inconsciente hasta de mis propios hallazgos.

En realidad, cualquier libro comienza mucho antes de ser escrito, antes de pensar en la historia, en los personajes, en el desenlace. Un libro es una forma de traducción de un conjunto de percepciones. En el caso de mi cuento *Elefante corazón de pájaro* la historia toma cuerpo muchos años después de que yo me autodefiniese como tal: una elefante con un corazón un tanto alocado, fantasioso, ligero, en cualquier caso desconocido y oculto bajo una apariencia seria y concienzuda. Una mezcla muy rara que explica un poco lo que parezco que soy, lo que creo que los otros ven en mí, quizás lo que me gustaría ser. Es así, al menos, como me he percibido durante mucho tiempo, sin pensar que de ello podría salir una narración.

Me atrevería a decir que el momento en el que se fragua la idea, la materia de la ficción, la frontera entre el consciente y el inconsciente, muchas veces, es misterioso para el propio autor. Unos han aludido a la noción de inspiración, término indefinido donde los haya, al trance, a una especie de germen que va creciendo dentro del escritor mientras come, sueña o trabaja y que luego se canaliza en forma de palabras hasta el papel. Imágenes, comparaciones, metáforas, pero, en cualquier caso, siempre refiriéndose a algo que llega de la oscuridad. ¿Qué oscuridad? Supongo que la oscuridad que percibimos dentro de nosotros mismos. En realidad, ser escritor quizás sea ser capaz de ver en algo perfectamente conocido aspectos desconocidos, una forma entre muchas de ser creativo. Supongo que lo importante es tener una forma propia de expresarse, un mundo interior, un imaginario personal, un estilo.

De hecho, he constatado el gran número de publicaciones que, respecto al proceso creativo y escritas por el propio autor, están viendo la luz en pocos años. Es como si se llegara a una edad o a un momento en la trayectoria literaria de un escritor donde éste siente la necesidad vital de reflexionar sobre su quehacer literario. Cómo se ha elaborado su obra, por qué escribió esto y no lo otro, la génesis y la gestación de sus obras, sus obsesiones, sus temas recurrentes, en una búsqueda de lo que nos sigue resultando lo más difícil de este mundo: entendernos a nosotros mismos. También entender a los demás y al mundo que nos rodea. Así pues, la forma de intentarlo tiene más de exploración que de invención, más de oscuridad que de luz, más de tanteos que de certezas y, en todo caso, más de experiencia que de experimento. Es un proceso, algo imprevisible que sabes cómo empieza pero que no sabes si cuajará, si terminará, si encontrará otra voz, otro corazón, otra escucha. Es decir, un lector.

¿Cómo se me han ocurrido las historias que he escrito?

Si antes he aludido a mi autopercepción de ser una elefante corazón de pájaro, otras veces, me he sentido pulga, muy poca cosa, pequeña, insignificante, pero con deseos de vivir lo que parecía imposible. Así me sentía yo una noche, hace ya muchos años, en Barcelona. Los asuntos que me habían llevado allí no me habían salido bien, me encontraba en una casa desconocida, y sola. Cogí un cuaderno de esos que siempre llevo en el bolso y empecé a escribir algo que de momento me divirtió: Una pulguita, nada más nacer, les pregunta a sus padres: “¿cuánto tiempo tengo para vivir?”. Es que quiere ser bailarina y tiene que darse mucha prisa. Un par de folios garabateados, pero la historia de la pulga Rusika estaba ya en marcha y vería la luz años más tarde. Hoy en día, puede ser leída, además del castellano y el catalán, en inglés y en alemán.

Otras veces, ha sido una foto de una mujer y un niño, cogidos por la cintura y a los que no se les ve el rostro, lo que me llevó a escribir *Mi mano en la tuya*. Un diario de un adolescente que ha huido de casa porque no acepta que su madre se vaya a volver a casar, que lucha entre la rebeldía y la necesidad de ella que aún siente. Una historia de amor, de soledad, de crisis de crecimiento con final abierto. O una frase que te atraviesa la mente como un rayo, *Cuando los gatos se sienten tan solos*, puede dar origen a otro relato donde cuento algunas situaciones reales que a mí me ocurrieron junto con otras que me he inventado totalmente. Siempre me ha interesado la fantasía en la medida en que la puedo utilizar para entender más la realidad. O hablar de mis sentimientos de forma pudorosa, escondiéndome tras una voz infantil como es el caso de mis libros *Iholdi*, *Ainhoa* y *Alex*, recogidos en su versión castellana en el libro *Cuadernos secretos*. Un intento de reflejar las emociones infantiles de la forma más estilizada posible, una sencillez lingüística al servicio de la complejidad de los sentimientos y vivencias de la infancia, de niños y niñas que conozco, así como de la niña que fui y, en parte, sigo siendo. Como escribe Iholdi en su cuaderno secreto, para mí también el miedo es un sapo que da saltos en mi pecho, del estómago a la garganta, de la garganta a la cabeza y que solo se calma cuando comienzo a canturrear, porque los sapos no aprecian la música, les entra sueño, y así consigo que se duerma y me deje en paz.

En fin, supongo que gran parte de lo que he escrito ha sido para consolarme, para distraerme, también por divertirme.

En mí caso, la necesidad de autoconsuelo me ha llevado muchas veces a escribir muchas de las historias de literatura infantil que he publicado. Como si fuera una forma de exorcizar, de trascender, de dar forma o de huir de aquello que me abruma. En una palabra, supongo que es una forma de consolarme de ser adulta. No creo tampoco ser

muy original. Es hermoso que Antoine de Saint Exupéry dedicase *El Principito* a un amigo suyo que estaba sufriendo en aquellos momentos muchas penalidades, que Lewis Carroll le ofreciera aquel regalo de amor que es *Alicia en el País de las maravillas* a la chiquilla a la que adoraba, que *Peter Pan* sea esa maravillosa autobiografía de un hombre que sentía y sufría por complejos de inferioridad, de inmadurez, de dudosa virilidad. El gran Hans Christian Andersen se retrató en *El patito feo*, consolándose así de las amarguras de su infancia. Resulta casi un tópico mencionar a la niña o al niño que llevamos dentro, pero, sin embargo, creo que es una gran realidad. Reprimido o abotargado, el niño existe. Y no siempre es un niño feliz.

Así pues, en mi caso, las historias y la necesidad de contarlas han surgido, algunas veces, de la oscuridad, de un espacio que hay que iluminar o al menos no tener miedo a hacerlo, del mundo consciente, real, posible, pero, también, del mundo que desconocemos pero que nos habita. Y hacerlo con gusto, con placer, con curiosidad, sabiendo que imaginar, crear, poco, mucho, bien o mal, es siempre dotarnos de un refugio, de un recurso de sobrevivencia, de una fortaleza inexpugnable que entreabrimos conscientemente a los demás. También creo que, en general, ser creativo supone conservar dentro de sí mismo el placer infantil del juego, ya experimentado cuando éramos niños.

El último libro que he publicado, *Un cocodrilo bajo la cama*, narra la depresión en la que va adentrándose un joven solitario al encontrar bajo su cama un cocodrilo al que sólo ve él y al que tiene que alimentar a base de zapatos. Escrita en clave de humor, la cosa va poniéndose fea en la medida en la que el protagonista toma conciencia de su soledad y su angustia. Hasta que el amor, como en muchos otros cuentos míos, le ofrece un salvavidas y abre una ventana a su situación límite.

Este manuscrito ha pasado años en mi cajón, estaba prácticamente escrito hacía mucho tiempo, pero he necesitado todo ese tiempo para que el desenlace añadiera un comentario –aparentemente anodino- a las versiones anteriores. Cuando la joven, de la que el protagonista está enamorado, le confiesa a éste que ella también tiene otro cocodrilo bajo la cama que se alimenta de relojes de pulsera, le previene de algo que sólo porque el manuscrito ha esperado muchos años he podido llegar a escribir:

-Ahora tu cocodrilo ha desaparecido. Pero el cocodrilo volverá.

El cocodrilo, volverá.

Porque, quizás, ese cocodrilo, metáfora de nuestra neurosis, es - precisamente- lo que nos hace ser quienes somos, origen de lo peor y de lo mejor de nosotros mismos, lo

oscuro, lo que nos hace aún escribir... Y, quizás, es la clave de que lo que escribimos guste también a los niños, que no son tontos.